

Recordando a Cirilo Vila. Exegesis alrededor de un viaje

por
Agustin Cullen
Director de Orquesta, Espana

Fue durante el regreso a Santiago desde Villa del Mar con motivo de repetir un concierto en la Quinta Vergara previamente ofrecido en el Goethe Institut. Nos desplazabamos cuatro viejos amigos en el auto de Hanns Stein; junto a el, Jaime de la Jara, Cirilo Vila y quien esto escribe. Habiamos dado a conocer por primera vez en Chile algunos autores cuyas obras fueron proscritas en Alemania durante la epoca del nazismo, entre estas las dramaticas *Cinco canciones del ghetto*, rescatadas y orquestadas por Adolfo Allende Blin, dedicadas a Hanns y que este habia estrenado en Berlin diez anos antes.

Por un largo trecho nuestras conversaciones giraron en torno a su desgarrador contenido y las similitudes que de algun modo hallabamos entre aquella tragedia y la ocurrida en Chile. Solo hacia poco mas de un aïo que habia finalizado la dictadura y el pais daba sus primeros pasos en el inquietante proceso de una "democracia vigilada". En cierto momento Cirilo sugirio la necesidad de cambiar de asunto. Segtin recuerdo, sus palabras apuntaban al hecho de que estimaba demasiado cruel continuar rememorando todas esas amargas experiencias, tan dificilmente superables por la gran mayor-fa de los chilenos. Aunque solo fuera por un simple ejercicio de salud mental, era necesario oxigenarse. Estuvimos de acuerdo y nos dedicamos de inmediato a comentar los temas de referencia obligada en cualquiera de nuestros encuentros: la realidad musical del pals y sus metáforas, asi como la recreation de cantidad de anécdotas vividas en nuestra epoca de estudiantes y durante la actividad profesional realizada antes de la gran ruptura.

Absortos en la contemplation de aquella apacible noche de octubre y sumido cada cual en sus propias reflexiones, poco a poco nos fuimos quedando en silencio. En to personal, las mfas regresaron al concierto que acababamos de ofrecer. De todo aquel emotivo programa dos obras en particular habian cautivado mi atencion: la *Sonata* para violin y piano, de Hanns Eisler, interpretada magnificamente por Jaime de la Jara y Cirilo Vila, junto a las ya mencionadas *Cinco canciones del ghetto*. De pronto mis pensamientos dieron un giro y se centraron en la figura de Cirilo. A diferencia de mis otros dos companeros de ruta, los contactos personales entre Cirilo y yo habian sufrido largos periodos de distanciamiento, inclui-

do el provocado por los altos malditos. A consecuencia de sus becas de estudio en Francia e Italia durante la decada de los 60, muy pocas veces hubo la oportunidad de un reencuentro desde su final hasta aquel fatidico 1973. Por otra parte, a su regreso yo desarrollaba mis actividades en la Universidad Austral de Valdivia. Sin embargo, mi memoria recupera el ultimo de aquellos encuentros, ocurrido en 1972 mientras dirigia como invitado la Orquesta Sinfonica de Chile. Nos habiamos reunido con Gustavo Becerra quien se encontraba de paso en Santiago, a fin de acordar el estreno de su *Concierto* para piano durante la Temporada del 73; pero los terribles acontecimientos que para entonces asolaron el pals postergaron *sine die* aquel proyecto.

Retrocedo a epocas mis lejanas aun; al momento en que conoci a Cirilo por primera vez. Creo que fue una manana de los anos 1945 o 1946. Nos encontrabamos mi hermana Maria Clara y yo en la clase de piano del profesor Roberto Duncker, cuando entro al aula la profesora Cristina Herrera, entonces ayudante de su catedra. Llevaba de la mano a un nino de aproximadamente unos 8 o 9 anos con el proposito de que el maestro lo escuchara. Duncker, quien falleceria poco tiempo despues, era de esos magnificos viejos maestros cuya sola presencia infundia terror y respeto, si acaso no pavor. Me fije en su rostro y me parecia observarlo pilido y amedrentado; pero esta impresion duro tan solo el tiempo que tardo en colocar sus manos sobre el teclado. Fue algo asombroso. Interpretaba obras muy superiores a las que exigia su nivel de estudios, con musicalidad y tecnica fuera de lo comtin, haciendo gala de raras cualidades que auguraban ya la conquista de un lugar importante entre los buenos pianistas del futuro. A partir de ahi to recuerdo participando con frecuencia en las presentaciones de alumnos organizadas por la Direccion del Conservatorio, donde poco a poco fue reafirmando su prestigio como musico de singular talento.

Y a pesar del salto en el tiempo, esa imagen de entonces la vuelvo a evocar y se me perfila como la de un chico de apariencia frgil, cabello un poco alborotado, rostro plicido y mirada ausente que ocultaba unos ojos inquisitivos, como si de ellos emanara un perpetuo asombro hacia todo aquello que no tuviera nada que ver con la musica. De espiritu inquieto, gran sensibilidad, siempre derrochando sencillez y simpatia en el marco de un caricter sociable; con frecuencia oscilante entre una actitud comunicativa y otra casi ensimismada, a la que tal vez acudia para reencontrarse en ese mundo de riqueza interior que le servia de refugio, donde, imagino, buscaba respuestas a las muchas interrogantes que le planteaban sus grandes inquietudes.

Sigo con mis recuerdos. La memoria me conduce a otras facetas de su personalidad, que se desarrollan al correr de los anos. Premunido en su etapa juvenil de un nuevo talante, con el que hace gala, ademis, de un cierto matiz ironico y burlon, no renuncia a participar activamente en todos los actos festivos que la comunidad musical programa, en particular las farindulas que hasta 1955 organiza cada alto el Centro de Alumnos del Conservatorio para despedir el curso academico. Memorable sobre todo la tiltima por una parodica actuacion de comicidad esperpentica, como nunca la hubo antes ni se ha repetido al dia de hoy, en la cual Cirilo cumplio un rol preponderante.



Cirilo Vila, alumno del Ciclo Medio del Conservatorio Nacional de Música, en 1949 (Archivo de Agustín Cullen).

En algún punto del camino nos detuvimos brevemente para estirar las piernas y tomar un refresco. En ese instante otro asunto de alcance meramente anecdótico vino a mi memoria: el hecho de que esta era la segunda vez que Cirilo y yo viajábamos juntos. No habría otra.

- ¿Recuerdas, le pregunte, esa gira al sur en octubre del 59 con la Orquesta del Conservatorio, en reemplazo de la Sinfónica a raíz de nuestra huelga por aquel terrible conflicto? Tocabas la parte de piano obligado en el *Concerto grosso* de Bloch y las partes de bajo continuo en las obras barrocas. Hace más de treinta años de todo aquello.
- ¡Vaya si me acuerdo! Era uno de los que lideraban a los manifestantes del Conservatorio en sus desfiles callejeros en apoyo de ustedes. Fue duro aquel episodio, y dramático... muchos meses.
- Nueve. Casi nos quedamos sin orquesta... y, bueno, todos a la calle. Esa gira al sur resultó un bálsamo.
- Sí, intervino Jaime de la Jara, pero yo no le perdono a Cirilo que casi nos echan del tren cuando regresábamos desde La Unión, en el nocturno, y este se puso a lanzar petardos en el coche-cama mientras dormíamos.

Hubo risa general y de inmediato surgieron más anécdotas relacionadas con la gira.

Reanudamos el viaje. Por unos momentos Jaime, Cirilo y yo nos dedicamos a recordar una emblemática celebración que tuvo lugar en casa del primero con motivo del viaje a Europa, quizá de las últimas donde se prodigaron al más alto nivel nuestros vínculos de amistad y camaradería, y de la que se hablaría por mucho tiempo a consecuencia de su inusitado final eufórico y desbordante. Eran

otros tiempos; tiempos en los que el ingenio con cierto toque de humor insolito constituian un feliz contrapeso a las adversidades de la Vida y al rigor exigido por la profesion; tiempos en los que todo parecia posible.

Llegado a este punto la charla derivo hacia nuestra actuacion conjunta, efectuada finalmente el ano anterior con el estreno en Chile del *Concierto N° 2* para piano y orquesta de Juan Orrego Salas. Habian transcurrido prácticamente veinte años luego de aquel frustrado intento con la obra de Gustavo Becerra. En cuanto a la de Orrego —asi lo expresamos en una entrevista— ambos coincidimos en estimarla como una de las mejores obras chilenas escritas para el genero, cuyo montaje, por cierto, nos habia exigido un arduo trabajo en virtud de las dificultades que plantea tanto la parte solista como el acompañamiento orquestal.

Con antelación a mi partida de Chile, ano y medio despues de realizado este viaje, Cirilo y yo no volvimos a mantener otro entranable encuentro. Else hallaba absorbido por sus multiples obligaciones docentes como responsable de varias catedras, cumpliendo a la vez una serie de actividades artisticas; y yo, por mi parte, desempenaba una compleja labor al frente de la Orquesta Sinfonica. Solo en mis esporadicas visitas a la Facultad de Artes, y en la tonica de los contactos casuales, tuvimos la oportunidad de cruzar fugazmente algun amistoso saludo junto a uno que otro comentario adicional.

Ya residiendo en Espana y en mis sucesivos viajes a Chile no le volvi a ver. Tal vez el paso del tiempo, las circunstancias vividas junto al efecto de la separacion y el entorno de una realidad diferente, van configurando un inevitable distanciamiento en las relaciones humanas... como en el verso aquel: "Nosotros los de entonces ya no somos los mismos". Al menos me queda el recuerdo de una vieja amistad inmersa en el contexto de epocas inolvidables. Ahora, en conocimiento de que ha sido acreedor al Premio Nacional de Arte, desde estas lineas le envio la mas calurosa felicitacion.